

# ... Y LO DEMÁS ES LITERATURA

Después del veraneo, algunos poetas regresan a Madrid con la cosecha y la abundancia de sus meses de ocio; otros retornan con las manos vacías; pero templados sus nervios por la sedante calma campesina o vigorizados por el contacto del mar. Entre los que vuelven con los trojes colmados, ninguno acaso como Gerardo Diego. De él sí que puede decirse, con el título de una película actual: *la mies es mucha*. Nada menos que ochenta y tantos poemas, algunos de largo metraje, ha compuesto en su familiar y aldeano retiro del sur de Francia.

—¿Los vas a publicar en seguida?—le interrogamos. —Tengo cuatro libros para este año. Primero, mi "Biografía incompleta", completa, para "La Encina y el Mar"; segundo, los poemas taurinos de "La suerte o la muerte"; tercero, una enriquecida versión de "Angeles de Compostela", con los poemas que leí el año pasado en la Cátedra Ramiro de Maeztu, y cuarto, el que acabo de escribir en Francia, aún sin título. Acaso también, coincidiendo con el aniversario de Chopin, un juvenil libro mío sobre el genial músico polaco. Pero no sé. No he querido, ni quiero, modificarlo. Hay en él ecos de Rubén; resonancias directas de Juan Ramón y de Villaespesa. Yo pienso que su valor estriba en la ingenuidad (en la inspirada ingenuidad, agregamos nosotros) con que fué escrito hace ya más de treinta años...

En el número noveno de "Cuadernos Hispanoamericanos", tan rico y tan bello de contenido, el poeta granadino Luis Rosales ha publicado unos poemas inéditos de Federico García Lorca. Entre ellos uno, manuscrito, reproducido en facsimil, y fechado el 7 de mayo de 1918, que Rosales consideraba probablemente como la primera pieza lírica conocida del gran poeta muerto. Otro granadino, el de la memoria total, como habría decir en verso rosaliano, el insigne Melchor Fernández Almagro, ha escrito un artículo en

ABC impugnando la prioridad del poema citado—"La oración de las rosas"—y esclareciendo de paso, con irrecusable testimonio, el arranque de la vocación lorquiana y la fecha en que escribió sus primeras y perdidas composiciones líricas el genial y desgraciado poeta de Fuente-Vaqueros.

No son muchos los poetas que la ilustre Orden española fundada por San Ignacio ha producido. El más insigne de todos es, sin duda, el inglés Gerard Manley Hopkins, que cuenta desde hace años entre los más altos poetas líricos de lengua inglesa. ¡Y qué lengua inglesa la suya! Parte de su obra ha sido traducida al castellano, a pesar de su desesperante dificultad, por un gran poeta español, Dámaso Alonso, antiguo alumno de los Jesuitas de Chamartín. Sus versiones, libérrimas y fidelísimas a un tiempo mismo, han sido publicadas hace pocos meses en Méjico, en la Colección Camelina de Monterrey. También en América, otro español, el Padre Angel Martínez, profesor de Literatura en un Colegio de Granada de Nicaragua, y "renacido nicaragüense", según su propia expresión, ha trabajado sobre la poesía de Hopkins. Y no olvidamos a José Antonio Muñoz Rojas, primer introductor de Hopkins en España. Ahora, un joven jesuita catalán, el Padre Jorge

Blajot, que acaba de regresar a España después de una larga estancia en Inglaterra, espera publicar pronto un libro de poemas—"Hombre interior"—de intensa espiritualidad y hondo aliento poético. Sus versos, como los de Hopkins en su tiempo, ofrecen la particularidad de ser muy avanzados estéticamente y resueltamente actuales.

Después de pasar los meses de verano en España, han regresado a sus cátedras de los Estados Unidos los profesores Amado Alonso y Carlos Clavería. Y el profesor y poeta—genial poeta—Jorge Guillén, que volvió, después de varios años de ausencia, a sus altas tierras de Valladolid, tan luminosamente presentes en la íntima y cenital claridad de su poesía. Carlos Clavería ha dejado en España, para ser editado próximamente, un libro sobre D. Miguel de Unamuno, uno de cuyos capítulos—Unamuno y Carlyle—

tan maravilloso de penetración crítica como minuciosamente documentado, acaba de ser publicado en el número 9 de "Cuadernos Hispanoamericanos". También la revista "Insula" ha reimpresso en su entrega de septiembre "un profético artículo de Amado Alonso, escrito en 1929, hace veinte años, a raíz de la aparición del primer Cántico guilleniano". La reimpresión no ha podido ser más oportuna ni tampoco más atinada la calificación de "profético" para este artículo de Amado Alonso, ejemplarmente lúcido y admirable.

El escritor español Emiliano Aguado, fronterizo siempre de la poesía, acaba de concluir, después de un largo silencio, su primer libro de poemas. Lo empezó la primavera pasada y lo ha terminado este verano en un pueblecito de la Sierra. Su poesía, de inspiración muy rica, densa y original, apenas tiene antecedentes dentro de nuestra tradición lírica. El título de su libro es la sencillez misma. Se llama: *El día*.

Con idéntica simplicidad ha bautizado su libro otro gran poeta: Antonio de Zubiaurre. Sus nuevos poemas, de hondo arranque humano y apasionada verdad lírica, se llamarán, complementariamente, *La noche*.

Un Museo de Telas Medievales, desde ahora indispensable para estudiar la vida y la sociedad de la Reconquista española, se ha inaugurado en el histórico Monasterio de las Huelgas Reales, de Burgos (España), célebre, entre otras cosas, por tener su abadesa el excepcional privilegio canónico de la jurisdicción. Entre las vestiduras que se exponen destacan las procedentes de

los sepulcros de Alfonso VIII y Leonor de Inglaterra y las que pertenecieron a D. Fernando de la Cerda.

# NORTEAMERICANOS ENAMORADOS DE ESPAÑA

POR J. ORTIZ ARMENGOL

EN el mes de mayo de 1818, la galera que hacía el recorrido de Barcelona a Madrid traía a la capital a un joven norteamericano, de nombre Ticknor, de estatura mediana, simpático y alegre, que contaba a sus compañeros de viaje los motivos que le traían a nuestro país.

Estudiando en Gotinga idiomas europeos, le habían ofrecido en plena juventud una cátedra en Harvard, para ocupar la cual debía de conocer el español. "Un tema que no entraba en mis planes de estudios y viajes por Europa. Pero si tengo que ser profesor de Literatura española, he de ir a España, por lo menos seis meses, a Salamanca..."

Sus compañeros eran dos jóvenes oficiales y el pintor José Madrazo, que venía de Italia, después de una larga estancia, a ocupar la Dirección de la Academia de Bellas Artes. El americano había comprado en Perpiñán un viejo *Quijote*, y lo leía en voz alta a sus amigos, ejercitando su pronunciación. Según él mismo nos dice, la lectura causaba una impresión profunda en los españoles, que le rogaban que leyera más y más.

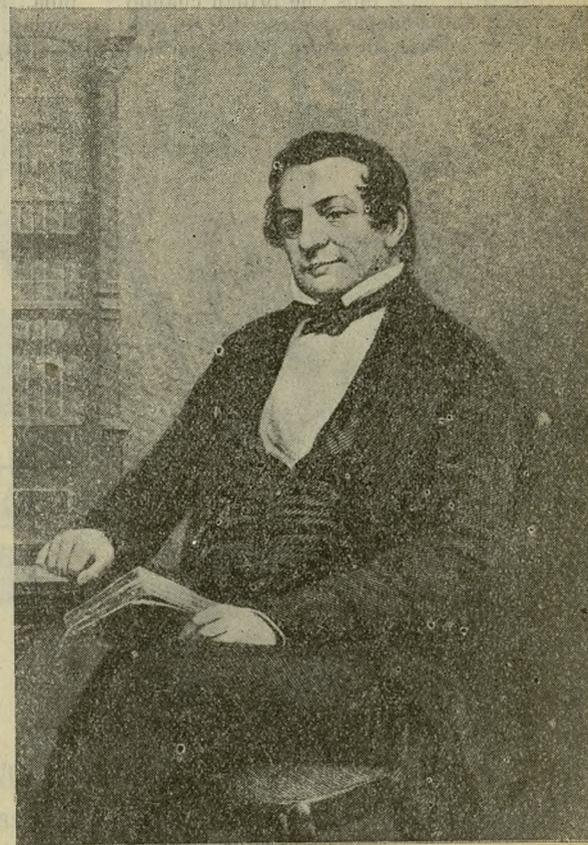
Y en alegre camaradería cubrieron los trece días de viaje por aquellas históricas carreteras ya tan conocidas por los viajeros franceses del XVIII. Carreteras incómodas para un viajero que venía de Inglaterra, de Francia, de Alemania y de Italia. Y, a pesar de todo, ya en Madrid, Ticknor escribe a su casa la primera carta en estos términos: "¿Me creeréis cuando añada que jamás hice en mi vida un viaje más divertido? Sin embargo, es muy cierto. Mis compañeros, con aquella sencilla cortesía por la que siempre ha sido famosa su nación, hicieron todo por hacerme sentir lo menos posible las molestias del viaje, incluso a sus expensas..."

Con esta carta Ticknor inaugura el capítulo norteamericano del gran libro de los viajes a España, e inaugura el hispanismo en su país. Después de él, y debido a él, se abre la serie de los viajes de Irving y Longfellow, y él es también quien trae a Prescott al campo de nuestra historia.

¿Cuál es la vida, en nuestra ciudad, de este hombre que trae cartas de presentación para el "todo Madrid" oficial, diplomático y artístico? Se levanta a las cinco y lee hasta las once. A esa hora vienen sus profesores de español, y hacia las cinco de la tarde, cuando ya se han ido, cena, pues hay que salir al Prado a pasear hasta el anochecer. "Madrid no es hermoso. Pero el Prado es el primer paseo de Europa, y la Puerta de Alcalá, la mejor puerta..."

George Ticknor mira, observa y dictamina. Había conocido ya en su corta vida a lord Byron, a Goethe, a Chateaubriand, a madame Stael, a Humboldt, a Schelegel, a todo lo que de valer había en el mundo, y sin embargo...

"España y el pueblo español me entretienen más que nada de lo que vi en Europa. Hay aquí



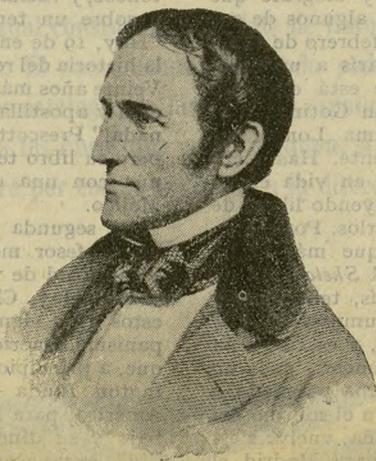
Washington Irving.

más carácter nacional, más originalidad y más poesía en las creencias y costumbres populares, más fuerza exenta de barbarie y más civilización exenta de corrupción que en ningún otro sitio."

Deambula por las calles donde todo el pueblo canta y baila; asiste a un besamanos palatino y a los mejores sarao; opina sobre nuestras clases sociales... "La clase media es la más cerrada y menos alegre de toda la gente española, la de más difícil acceso también y la menos interesante para un extranjero cuando se la conoce. Sus diversiones son escasas..." Sólo se reúnen para jugar a las cartas e ir al Prado.

Ticknor deja Madrid con pena, y se alarga hasta Andalucía y Lisboa. En cada ciudad ve a la persona más importante y el monumento más hermoso. Y corre a París—Talleyrand—, a Londres—lord Holland, el hispanista—, hasta que un día le presentan en Londres un compatriota periodista, que ha venido a Europa a curarse. Se llama Washington Irving. Ticknor no volverá a

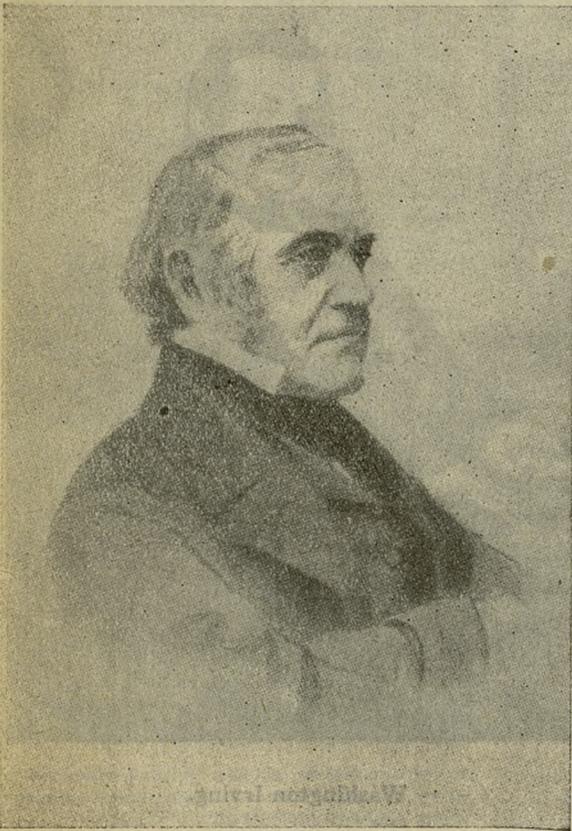
España, pero siempre tendrá para nuestras cosas el mejor recuerdo. Acompañando a Irving y a unos amigos ingleses en una excursión a Windsor, recién llegado de España les habla de la Vega de Granada. Windsor es una sinfonía verde y blanca, y desde la torre del homenaje del castillo se ve un panorama irreal de árboles y praderas. Pero no hay sol. "Yo conozco la noche y el amanecer desde la torre de la Vela: tocaban maitines los conventos de la ciudad; se oían los primeros pájaros, la música de un órgano y la brisa; todo es-



W. H. Prescott.

taba en armonía: la hora, la estación y el escenario, y cuando el sol salió, lo hizo sobre uno de los más espléndidos y gloriosos panoramas que existen en el mundo..." Años más tarde, Irving viene a España. Que se lo debe a Ticknor, lo reconoce en una carta que le escribe en febrero de 1850.

Irving es el rey de oros de este póker de enamorados de España. En el mismo libro en que relata su visita a Windsor, el *Sketchbook of G. Crayon*, escribe en otro capítulo: "En mis apuntes hay paisajes y ruinas oscuras; pero descuidé describir San Pedro o el Coliseo, la cascada de Terni y la bahía de Nápoles, y no cuento con un solo glaciar o volcán en mi colección." Irving busca el paisaje virgen de turistas. En cuanto puede, pide un puesto diplomático en España y marcha a Madrid con el encargo de traducir al inglés los viajes de los Descubrimientos. Tiene treinta y nueve años; es alto y macizo; tiene unos ojos que brillan cuando se excita; habla mejor que escribe; es nervioso e irritable, y descansa de sus nervios



George Ticknor.

durmiéndose con toda naturalidad en cualquier sitio. El primer día madrileño de Irving es modesto. No trae grandes cartas de presentación. Vive en Madrid unos meses, y cuando sale para Andalucía se reanima, pues Castilla no le dice nada. Ha decidido escribir una historia de las guerras de Granada y una vida de Colón, y para ello visita todas las provincias, todas las bibliotecas y todos los fantasmas. Visita Palos de Moguer con un Pinzón de setenta años y come con los monjes de la Rábida; sube a la Giralda y baja a las profundidades de la torre de los Siete Suelos. Trasladado a Londres, deja Granada con pena, después de haber vivido varias semanas las noches y los días de la Alhambra. Al publicar los cuentos, se ve que es el embajador nato de los Estados Unidos en Madrid, y años más tarde vuelve aquí con ese cargo, en el que permanece cuatro años.

Irving tiene un sobrino y biógrafo que ha sido su acompañante en algunos de sus viajes españoles. Un día de febrero de 1827, el sobrino encuentra en París a un estudiante norteamericano que está dudando entre aprender el alemán en Gotinga o el español en España. Se llama Longfellow y tiene veinte años solamente. Hasta entonces ha estado enterrado en vida en su pueblo natal de Portland, leyendo libros de viajes y soñando con realizarlos. Por casualidad de casualidades, el que más le ha impresionado de todos es el *Sketchbook* de Irving. Longfellow, en París, teme entrar en España. Hay muchos rumores de disturbios, crímenes y peligros, y escribe a su padre que es prudente renunciar, pues no quiere morir tan joven de una puñalada o de un tiro. Cuando habla con el sobrino del escritor, que viene de España, vuelve a escribir a su padre: "Salgo para Madrid el miércoles, pasado mañana", y cuando lle-

ga, el 6 de marzo de 1827, da noticias frescas. "Todo está tan tranquilo y tan pacífico como Francia misma." Para él, Madrid es la ciudad de Europa más agradable para vivir, y se acomoda en una casa de la calle de la Montera, 16—piso segundo para más señas—, donde los patrones tienen una hija de dieciocho años, Florencia, con la que pasea el poeta en ciernes. La sociedad americana en Madrid es muy reducida: el ministro, el cónsul, los Irving y un oficial de Marina. Longfellow, estudiante modesto, entra aquí en la intimidad del admirado Washington. Con el marino visita Segovia y El Escorial, y con su patrón vive unos días deliciosos en un pobre pueblo de la provincia de Madrid. Un 20 de mayo su diario registra escuetamente una tarde de novios pobres en San Antonio de la Florida: "Un paseo por el canal con Florencia. La tormenta. Nos refugiamos en una capilla. Nos coge la lluvia entrando en la ciudad. El café." Otros días lee a la muchacha, bajo los árboles, el poema de Antenor. Traza páginas deliciosas sobre los pregones populares de entonces. ("Una sandía vendo: ¡si esto es sangre!"). Desgraciadamente, Longfellow no escribe el libro de sus nueve meses españoles, y sus impresiones están esparcidas y en embrión. En 1829 está ya en su casa, de vuelta de su gran viaje por Europa, y desde su cátedra de lenguas modernas, en el colegio de Bewdoin, empieza sus trabajos de traductor y autor de temas españoles, que le llevarán a la primera fila de los hispanistas del siglo XIX. En 1832 publica una célebre traducción de las coplas de Jorge Manrique.

Longfellow y Ticknor se escriben sobre temas profesionales. Desde su cátedra de Harvard, recién llegado de Europa, Ticknor estudia a fondo la literatura española. En la misma ciudad vive un mozo algo más joven que él, a quien conoce por relaciones de familia. Este joven sufre una gran desgracia: a los diecisiete años, una refriega estudiantil le ha producido la pérdida de un ojo. Se llama W. H. Prescott y, obligado a dejar sus estudios, ha viajado por Italia, Inglaterra y Francia. Quiere especializarse en idiomas y proyecta comenzar también el estudio del alemán. Su vecino Ticknor le invita a su casa todas las tardes para leerle libros españoles y las notas que está preparando para su futura historia de nuestra literatura, que no ha de aparecer hasta veinticinco años después, ahora hace un siglo.

Estamos en el otoño de 1824. Al atardecer, viene todos los días a su despacho este gigante medio ciego, eternamente sonriente. Escucha con atención comedias de Lope y libros de mística. Recuerda que pasó su infancia jugando con su hermano a "la guerra peninsular"; unas veces él representaba a los españoles y otras a Napoleón. Se entusiasmaron tanto, que dejaron de jugar sobre los mapas y se procuraron una armadura antigua para zurrarse a lo vivo. Ahora siente curiosidad por ese país donde esas luchas se desarrollaron. Le ha quedado la afición por las batallas, las aventuras caballerescas y las hazañas de los libros. Ir a España es difícil, dado su estado; pero por si acaso se decide algún día, en noviembre ha tomado una resolución: abandona el estudio del alemán por el estudio del castellano. Empieza con Solís y su conquista de Méjico, con los Reyes Católicos, y vacila entre escribir algo sobre ellos o sobre un tema italiano. Al fin se decide: "Hoy, 19 de enero de 1826, me resuelvo por la historia del reinado de Fernando e Isabel." Veinte años más tarde encuentra esta anotación y apostilla: "¡Fué una elección afortunada!" Prescott no vendrá nunca a España; pero su libro tendrá tal éxito, que lo continuó con una obra sobre la conquista de Méjico.

La segunda mitad del XIX nos trae a un profesor metido a embajador, Lowell, y multitud de viajeros de segundo y tercer orden: Hay, Chatfield-Taylor, Steell; pero estos años significan una pausa en el hispanismo americano, pausa que dura hasta que, a principios de este siglo, Mr. Huntington funda la Sociedad Hispánica de América, para la que da su terreno, su trabajo y su dinero. Traduce el "Poema del Cid", excava en Itálica, recoge en un libro las miniaturas de Santo Domingo de Silos,

# NUESTROS COLABORADORES

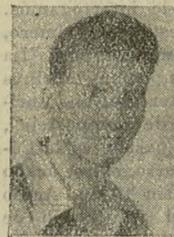


Hombre que ama a sus dos patrias — España, donde nació, y Cuba, donde se nacionalizó—, Joaquín Aristigueta saltó, joven aún, de Santander a La Habana, para escribir en "El Comercio" y "El Diario Español". Después formó parte, como editorialista, del "Diario de la Marina", en el que antes había elogiado su estro Salvador Rueda. Aristigueta, entre artículo y editorial, estrenó comedias y dramas y, de La Habana a Santiago, fundó y dirigió en la otra punta el diario "El Sol" y la revista "Gimnasio". Ha publicado "Huerto escondido—poesía—", "El árbol de la paz"—comedia—, y alguna novela. En la actualidad se encuentra en España.

Este alumno de la Escuela Diplomática de Madrid es al parecer un gran andarrín, suponemos que más al modo de un Ciro Bayo que de un "Globe-trotter". Este futuro "diplomático a pie", licenciado en Derecho, que también se aventuró por Filosofía y Letras, se llama Pedro Ortiz Armengol; nació en Madrid (1922) y ha viajado, incluso motorizado—mente, por toda España, Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania, aunque en Alemania—nos dice—sólo por una esquina. Sabiendo tanto de él, no ha de extrañarnos que Ortiz Armengol escriba hoy sobre los norteamericanos que viajaron por España y que la amaron o que otro día nos dé sus impresiones viajeras.



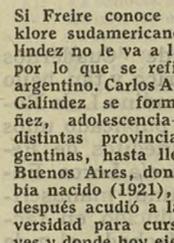
Con más de cuatro mil artículos publicados entre España y América y más de veinte libros—de ellos diez novelas: "La rueda", "Taxímetro", "Elvira Coloma", etc., sin olvidar "Manolo", traducida al francés y al italiano—, con ocho comedias estrenadas, con decenas de conferencias y cursos, Francisco de Cossío (n. en Segovia, 1887), viajero de Europa y América, director que fué de "El Norte de Castilla" y subdirector que fué de "A B C", de Madrid, y director del Museo de Valladolid desde hace 35 años, y "Premio M. de Cavia" de periodismo, y "Fastenrath" de novela, es uno de los primerísimos escritores y periodistas españoles de los últimos tiempos.



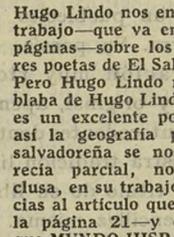
El bello país tico—ocupando menos páginas de las que merece—se asoma hoy, en visión general, en MVNDO HISPANICO, gracias a la colaboración de Luis Ferrero Acosta. De Luis Ferrero Acosta apenas sabemos que con sus dieciocho años pasa por ser el más joven periodista de Costa Rica, que trabaja habitualmente en el semanario "Mundo Femenino", de la capital costarricense, y que anda con sus estudios por las aulas de la Universidad. Ha publicado, según nos dice, "Mujeres célebres de América", "Mujeres de la Historia de Costa Rica", "Garabito", "Ángulos de Costa Rica" y algún otro tomo más. Su trabajo aparece en las páginas 10 y 11.



Segundo José Freire anda ahora por Europa—por España—mirándolo todo y con su arte bajo el brazo. Nació en Buenos Aires (1921), tan pronto como completó sus estudios oficiales de pintura, recorrió su patria y los países limítrofes—vivió dos años en el Brasil—, de forma que por lo que vivió y por lo que lleva dentro, se convirtió en un gran especialista en temas folklóricos sudamericanos. Su primera Exposición, sobre este tema, se celebró en Buenos Aires, hace ocho meses, y la última, por ahora, se celebra en estos momentos de noviembre en Madrid, en el Museo de Arte Moderno. Freire es el autor de la ilustración de la página 38.



Si Freire conoce el folklore sudamericano, Galíndez no le va a la zaga por lo que se refiere al argentino. Carlos Augusto Galíndez se formó—niñez, adolescencia— en distintas provincias argentinas, hasta llegar a Buenos Aires, donde había nacido (1921), donde después acudió a la Universidad para cursar leyes y donde hoy ejerce su profesión. C. A. G., autor de "El baile", página 38, ha colaborado en diversas publicaciones de Buenos Aires y del interior—"Atlántida", "Tribuna", "Revista Criolla"—, y hace algunos años fundó, novel y con otros noveles, una revista literaria, de vida breve y recoleta, que "nos dió—dice—al unas "atistifaciones".



Hugo Lindo nos envió un trabajo—que va en estas páginas—sobre los mejores poetas de El Salvador. Pero Hugo Lindo no hablaba de Hugo Lindo, que es un excelente poeta, y así la geografía poética salvadoreña se nos aparecía parcial, no conclusiva, en su trabajo. Gracias al artículo que va en la página 21—y con el que MVNDO HISPANICO dará una sorpresa a Hugo Lindo—se completa el mapa de la buena poesía salvadoreña de hoy. Por lo demás, los datos biográficos de nuestro colaborador H. L.—del que aquí damos la foto—y la relación de sus libros (su "currículum", en fin), figuran en la citada página 21, al lado de su poema "Hora cero".



Si hoy es corresponsal en Madrid de periódicos sudamericanos, este vasco—nació en Bilbao—1915—de padres catalanes, fué antes corresponsal de periódicos españoles en Rumania, Bulgaria y Turquía, en la última guerra. Jaime Torner inició su periodismo con la paz española, y de la Redacción de "Unidad", de San Sebastián, pasó en 1942 a la dirección de "Patria", de Granada, para saltar de Andalucía a los Balcanes, en tanto que desde cualquier sitio colaboraba, por ejemplo, en "El Español". Hoy, ya en Madrid, sobre escribir para periódicos sudamericanos, hace un reportaje cotidiano para el diario vespertino "Pueblo".

edita a sus expensas setenta obras más. El título de su libro de viaje a la Península es significativo: "Apuntes sobre el Norte de España". Hasta entonces los norteamericanos no vieron sino Madrid y Andalucía, y es sintomático que esta obra se publique cuando desde aquí dentro se empieza a revalorizar Castilla y el Norte. A la sombra de la Sociedad Hispánica surgen Rennert, que estudia el teatro del Siglo de Oro; Fitz-Gerald, Buchanan, Clark, Ford y tantos otros, y decenas y decenas de viajeros, cuyos libros irán cobrando valor histórico con el tiempo. El viaje a España, como género literario, sigue en todo su vigor. Desde 1909 aparece y escribe por España W. Thomas Walsh. Empieza con el poema "Los Reyes peregrinos"; continúa traduciendo a Fray Luis de León y a Jorge Manrique, y termina trazando las biografías de la Reina Católica, de Felipe II y de

Santa Teresa de Jesús. Walsh muere en su patria tras haber vivido en todos los archivos de la Península. Walsh es el hispanista historiador de este siglo. Y Lummis, el explorador de América y reivindicador de la conquista. Y Hanke el sociólogo. Y Brown Scott, el jurista. Como Brown Scott proclamara que reconocía la primacía en la creación del Derecho internacional al español y católico padre Vitoria monje dominico, mandó grabar estas palabras y proclamó que hoy existe un Derecho internacional porque existieron Colón, Vitoria, Suárez y Grocio. Tres de cuatro. Y el destino ha querido asociar su rostro al del admirado Vitoria, pues cuando en una galería del Tribunal Supremo de Washington se pensó colgar un retrato de jurista español, se retrató a Scott por haberse encontrado una imagen fidedigna del dominico.